CAPÍTULO XV

SANTA MÓNICA MUERE GOZOSA VIENDO Á SU HIJO CONVERTIDO

Año 387.

Poco antes de emprender la marcha, ó acaso cuando estaban ya en camino, pues no se conoce la fecha precisa en que Agustín y su madre dejaron á Milán, tuvo ésta un arrobamiento que marcaba bien la dirección de sus aspiraciones. Era precisamente el día de la festividad de San Cipriano (1), y Mónica había recibido aquella mañana la sagrada comunión, volviendo á su casa recogida y absorta, según solía. Tal vez en algún acto de acción de gracias, vino á su memoria la noche que, tres años antes (384), había pasado en

(1) 16 de Septiembre.

la ermita de San Cipriano, y este recuerdo inflamaría su alma; mas es lo cierto que de repente se la vió levantarse en el aire, y como enajenada gritar: «¡Volemos al cielo! ¡Volemos al cielo!» Lo cual causó no poca admiración, ya que Mónica era de carácter sumamente dulce, y los movimientos impetuosos no le eran naturales. Agustín, Adeodato y Alipio, conmovidos por los gritos acudieron en seguida; pero Mónica no satisfizo á sus preguntas, limitándose á mostrárseles llena de alegría celestial, y á repetir estas palabras de David: «Mi corazón y »mi carne se han conmovido, pensando en Dios »mi Salvador (1).»

(1) «In die B. Cypriani, dum hæc Christi ancilla mereretur accipere sacramenta, dum esset in domo, ferè à terra per cubitum elevata fuit, clamando quæ quietissima esse consueverat, dicens: «Volemus ad cœlum, vo»lemus ad cœlum, fideles.» Quam cum post interrogaremus quid sibi acciderat, non respondebat; sed tanto gaudio replebatur, quod omnes ad festum perducebat, cantantes cum Propheta: «Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.» (*Boll.*, die 4 Maii.)

Pane cœli saturata,
Stat à terris elevata
  Cubiti distantia;
Mente rapta exultavit;
Volitemus, exclamavit,
  Ad cœli fastigia.

(Himn. Sanctæ Monicæ.)

Desde entonces esta idea del cielo la ocupó constantemente, y aunque siempre sentía, como todos los Santos, gran desprecio de la tierra y ardiente aspiración á la patria celestial; sin embargo, abandonar este mundo antes de la conversión de Agustín, y dejarle acá abajo en tinieblas y peligros yéndose ella á gozar y reposar allá arriba, ni siquiera se le había pasado por la imaginación; y de habérsele ocurrido tal idea, la habría rechazado con toda su alma. Mónica quería convertir á Agustín, y mientras no consiguiese esto, no podía pensar en otra cosa. Por eso, ahora que le veía ya convertido, piadoso y sin necesitar su protección, la idea del cielo volvía á dominarla, hablaba y dirigía sin cesar hacia él sus ardientes miradas; y como de los expatriados se dice que tienen el mal del país, así también podía afirmarse de Mónica que tenía la nostalgia del cielo.

El viaje no interrumpía esta idea, al contrario la fijaba, elevándose con el pensamiento de la instabilidad de las cosas humanas á un deseo cada vez más vivo de las moradas eternas. Recogida, serena, unida á Dios y no ocupándose más que de la eternidad, iba satisfecha al Africa; porque en realidad, para ella era trasladarse al cielo.

Si el viaje no interrumpía la contemplación de Santa Mónica, mucho menos impedía la oración y el estudio de su hijo. Desde que se convirtió, había éste dividido el tiempo en dos partes: una la dedicaba á orar, á recitar los salmos, á la lectura de las Santas Escrituras y á la vida íntima con Dios, que es la verdadera felicidad y reposo de este mundo; y la otra parte la consagraba al estudio de las cuestiones más sublimes, así filosóficas como teológicas. Acababa de terminar en Milán el *Tratado contra los maniqueos*, bullía en su cabeza el *Tratado de la Religión*, y elevándose aún más, empezaba á fijarse en los misterios de la Trinidad y de la Encarnación: todo esto durante el viaje.

Acababa también de preparar, siguiendo el consejo de su madre, el plan de vida común, grave, sencilla, ignorada y oculta en Dios, que poco antes había ensayado en Casiaco, y que estaba decidido á no abandonar jamás. Con esta idea, al pasar por Pisa Santa Mónica y San Agustín, se desviaron un poco del camino para ver una cosa que llamaba singularmente su piadosa atención. Los espesos Apeninos habían dado asilo á piadosos solitarios, que renovaban en ellos las maravillas de la Tebaida. San Agustín y Santa Mónica que, antes de salir de Milán, habían visitado á los religiosos y á las vírgenes dirigidas por San Ambrosio, á fin de adquirir en su piadoso trato luz é instrucciones sobre el gé-

nero de vida que iban á entablar, quisieron ver también á éstos y conferenciar con ellos. Desgraciadamente no se conserva noticia alguna de esta excursión, es uno de los sucesos sobre los que ha dicho San Agustín: «Paso en silencio mu»chas cosas porque tengo deseos de concluir. »Bendito seáis, Dios mío, no solamente por mis »palabras sino también por mi silencio, y por tan»tísimos favores como de vuestra bondad he re»cibido (1).»

No encontraremos ya á nuestros viajeros hasta Civita-Vecchia (ciudad antigua). La tradición ha conservado allí el recuerdo de un hecho célebre, y que confirma lo antes dicho sobre las profundas investigaciones filosóficas y teológicas á que se entregaba Agustín, aun yendo de viaje. En una de esas largas paradas, á que la manera de viajar en aquella época obligaba muchas veces, paseábase Agustín á la orilla del mar procurando, tal vez temerariamente, entender el misterio de la Trinidad, cuando descubrió un niño encantador, que habiendo hecho un hoyo en la arena, se entretenía en coger agua con una concha y derramarla en él. Al ver esto el Santo, se detiene, le mira y, sonriendo con bondad, le pregunta si pensaba meter allí toda el agua del

(1) *Confes.*, lib. XI, cap. VIII.

Océano. «¿Y por qué no? replicó el niño: esto »sería más fácil que meter en tu razón el océa»no incomprensible de la Santísima Trinidad.» Muéstrase todavía el sitio donde tuvo lugar esta graciosa é instructiva escena, honrado desde muy atrás por una iglesia bajo la advocación de San Agustín.

Nuestros viajeros pasaron de Civita-Vecchia á Roma; porque en el momento de abandonar á Italia para siempre, Agustín no podía menos de depositar en la tumba de San Pedro la alegría que le causaba su fe renacida, y Mónica la felicidad de ver á su hijo regenerado. Además, ya que pensaban en la vida religiosa, y se habían separado del camino para buscar en las gargantas de los Apeninos modelos vivos de esta misma vida, ¿podía Roma no ofrecer á su piedad monasterios de hombres y de mujeres, cuyo número, pureza y perfección tanto celebró Agustín?

Entraron, pues, en Roma todos nuestros viajeros, sin que de ello pueda caber duda al guna; mas temerosos del invierno que se adelantaba blanqueando ya las cimas de los Apeninos, sólo permanecieron unos días en la capital del Catolicismo. Mónica además temía que su hijo, enfermo del pecho, pudiera resentirse, y en vista de esto apresuró la marcha al puerto de

Ostia, donde esperaba hallar buque que les condujese al Africa.

Fué necesario esperar allí algunos días, y entonces tuvo Mónica un segundo arrobamiento menos impetuoso que el primero, pero que elevó mucho su alma. Hallábase sentada en la ventana de una casa próxima al mar, sucediendo esto por el Otoño cuyas tardes son allí bellas como en ningún país. El sol se ponía, los últimos resplandores reflejaban en la planicie del Mediterráneo, y para contemplar tan majestuoso espectáculo, sentose también Agustín al lado de su madre. El silencio que reinaba, la belleza del cielo, la ilimitada extensión de las aguas, la idea de lo infinito que llenaba el corazón de Mónica y Agustín, y su paz externa, inferior á la que gozaban interiormente, todo elevaba poco á poco sus almas, y puso en sus labios una de esas conversaciones que no se usan en la tierra.

«Estando solos en esta ventana, dice San »Agustín, mi madre y yo empezamos á hablar »dulcemente, y olvidando el pasado, atentos »sólo al porvenir, llegamos á preguntar, cuál »sería en la vida eterna la felicidad de los San»tos; esa felicidad que aquí nadie vió ni oyó, ni »el corazón humano ha sospechado; y así ha»blando, aplicábamos los labios del alma á esos »manantiales de vida que residen en Vos, Dios

»mío, á fin de que, regados y robustecidos, »pudiéramos llegar á estancia tan elevada (1).

»Pero bien pronto echamos de ver que el ma»yor deleite de los sentidos corporales, y el ma»yor esplendor terreno que puede concebirse, no »solamente era indigno de ponerse en paralelo »con la felicidad eterna, sino que ni aun posible »era compararlos.

»Subyugados por el amor hacia esa felicidad »imperecedera, recorrimos una después de otra »todas las cosas corporales; y hasta el mismo »cielo resplandeciente con los rayos del sol »próximo ya á desaparecer, así como también la »luna y las estrellas que empezaban á brillar so»bre nuestras cabezas: subiendo aún más con »nuestros pensamientos y atraídos por el encan»to de vuestras obras, llegamos hasta nuestras »almas; pero sin detenernos, pasamos adelante »queriendo llegar á esa región donde está la »vida verdadera, abundante, inagotable y eter»na: una vez á tanta altura, sentimos hacia »Vos, Dios mío, impulso de amor tal, arrebata-

(1) «Colloquebamur ergo soli valdè dulcitèr; et præterita obliviscentes, in ea quæ ante te sunt atenti, quærebamus inter nos apud præsentem veritatem, quod tu est, qualis futura esset vita æterna sanctorum, quam nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit.» (*Confes.*, lib. IX, cap. X.)

»dor y poderoso en tanto grado, que llegaron »nuestros corazones como de un salto, á la re»gión bienaventurada (1).»

En resumen, Santa Mónica y San Agustín se elevan hacia Dios á impulsos del amor, y, por decirlo así, de un solo vuelo llegan hasta su trono: he aquí lo que se llama rapto. ¿Cuánto tiempo permanecieron en tal estado, mudos y fuera de sí mismos? Ni el uno ni la otra podrían decirlo, pues en la suspensión de facultades y sentidos que se llama éxtasis, el tiempo no corre para el alma afortunada; y aun cuando durara un siglo, sería para ella menos que un relámpago, y como cortina que se levanta y vuelve á caer en

(1) «Sed inhiabamus ore cordis in superna fluenta fontis tui, fontis vitæ qui est apud te; ut inde pro captu nostro aspersi, quoquo modo rem tantam cogitaremus. Cumque ad eum finem sermo perduceretur, ut carnalium sensuum delectatio quantalibet, in quantalibet luce corporea, præ illius vitæ jucunditate, non comparatione, sed ne commemoratione quidam digna videretur; erigentes nos ardentiore affectu in idipsum, perambulavimus gradatim cuncta corporalia, et ipsum cœlum unde sol et luna, et stellæ lucent super terram. Et adhuc ascendebamus interius cogitando, et loquendo, et mirando opera tua; et venimus in mentes nostras, et transcendimus eas, ut attingeremus regionem ubertatis indeficientis. Et dum loquimur et inhiamus illic, attigimus eam modicè toto ictu cordis.» *(Confes.,* lib. IX, cap. X.)

el acto. De tan venturoso estado no se sale jamás sino con pena. «Nosotros, dice San Agustín, »exhalamos un suspiro al pensar que era preciso »bajar de la altura á que habíamos subido, y de»jando allí cautivo nuestro espíritu y corazón, »volvimos al común modo de hablar, según el »cual la palabra suena para ser oída, comien»za y acaba (1).»

Después de este silencio cuya duración se ignora, y en el que Santa Mónica y San Agustín completamente absortos, se habían olvidado de sí mismos, la conversación continuó entre ambos, poco más ó menos en los siguientes términos: «Supongamos, que se encontrase un alma »enteramente libre de la ruidosa inquietud que »en ella causan las impresiones del cuerpo; que »no la conmovieran de modo alguno las sensa»ciones que por la vista y demás sentidos recibe »de la tierra, de las aguas y de los cielos; que »esta misma alma no hablase consigo misma y »que, como olvidada de sí, no reflexionase; que »no la hablaran tampoco los sueños ni las ima»ginaciones, y por último, que libre de todo len»guaje, enmudeciesen las criaturas, después de

(1) «Et suspiravimus et reliquimus ibi religatas primitias spiritus, et remeavimus ad strepitum oris nostri, ubi verbum et incipitur et finitur.» *(Confes.,* lib. IX, cap. X.)